

Navegar en la incertidumbre. El desafío de seguir siendo humano en un mundo sin certezas

Autor: Antonio Elizalde Hevia. Editorial Corporación Universitaria Minuto de Dios. Bogotá 2009. 426 páginas

El CEIHS y la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de UNIMINUTO, a finales del 2010 lanzaron el más reciente libro escrito por el sociólogo Antonio Elizalde, Rector Emérito de la Universidad Bolivariana de Chile, Director de la Revista “Polis”, pacifista y teórico del desarrollo sustentable.

Elizalde ha participado como investigador asociado en importantes proyectos sobre la realidad colombiana, entre ellos los adelantados por el Grupo de Investigación *Ciudadanía, Paz y Desarrollo*¹ y es colaborador habitual de la revista POLISEMIA. El autor es reconocido en los medios académicos y del movimiento social latinoamericanos a partir del texto clásico *Desarrollo a escala humana. Una opción para el futuro* (1986), obra escrita junto a Manfred Max-Neef y Martín Hopenhayn, en donde se trazaron elementos básicos para abordar el desarrollo con sentidos renovados, y replantear varios de los supuestos de la economía clásica y neoclásica.

Navegar en la incertidumbre se propone contribuir a construir una nueva cartografía, entretejiendo profundas preguntas epistémicas con renovados interrogantes al humanismo moderno. Acaso “¿podemos ser mejores seres humanos?” se pregunta el autor, justamente cuando lo habitual es la incertidumbre y el mundo de las verdades totales

e inapelables, que había edificado la modernidad, hace agua por todos los costados.

El libro está organizado en dos grandes partes: “Aproximaciones epistemológicas. Sobre el papel actual del saber y del conocimiento: revoluciones, relaciones e incertidumbres” y “Aproximaciones éticas y espirituales. Nuevas formas de despliegue de lo humano”. El conjunto del texto está planteado en claves de paz y de convivencia y, en particular, desde el punto de vista de la no violencia. El autor se descubre como un hablante y un senti-pensante en lógica de no violencia, con todo y lo complejo, y lo problemático del concepto.

El libro convoca a propiciar rupturas con los viejos paradigmas y a descubrir nuevos puntos de abordaje para encarar la crisis de sociedad y de sentido que nos corroe. Para ello va descubriendo que las prácticas y los discursos de la paz y las resistencias de las comunidades están engarzadas con el pensamiento de la sustentabilidad, con la urgencia de una crítica de la visión del progreso moderno, y que ambas—sustentabilidad y paz—no pueden escindirse de la producción de subjetividades y de la existencia de agentes colectivos que enuncien las nuevas formas de convivencia entre los seres humanos y de éstos con la naturaleza. Además, reflexiona Elizalde, nada de ello prosperará sin una revolución cotidiana de las relaciones de género, sin una revalorización del encuentro intergeneracional, sin una intensificación de la vivencia intercultural. Es decir, sin que surjan los nuevos campos políticos, éticos y estéticos de una democracia de la diversidad y sin imaginar la refundación de

1. Este grupo de investigación, clasificado en la categoría A1 de Colciencias en el 2010, se encuentra adscrito al Centro de Estudios e Investigaciones y Humanas y Sociales de la Universidad Minuto de Dios.



ciudadanías profundas y re-semantizadas, del tipo de las que se están cociendo en el barro de los vínculos sociales y que cada vez se hacen más repelentes a la “ciudadanía instrumental” que había sido definida únicamente por su vínculo con el Estado. (Lechner, 2000, p. 29).

Dos preocupaciones atraviesan las dos columnas de este texto: la urgencia de una nueva forma de pensar y concebir la realidad latinoamericana —lo que se constituye en un problema epistémico de primer orden, como ya quedó reseñado atrás—, y la pregunta por el desarrollo sostenible —pero entendido éste no meramente como sostenibilidad en la dimensión ambiental, sino como la capacidad para construir una sostenibilidad social, es decir como una aproximación ética y espiritual a una sustentabilidad legítima, pacífica y transformadora—.

En la primera sección de *Navegar en la incertidumbre* el autor aboga por una reconstrucción epistemológica que cuestione la visión dominante, reduccionista, que tanto ha bebido del mecanicismo que acompañó a la racionalidad industrial, la cual subvaloró y subordinó la singularidad humana y construyó una serie de oposiciones irreductibles entre la razón y el sentimiento; la materialidad y la espiritualidad; el saber ancestral y el conocimiento científico, para nombrar sólo algunas de las dicotomías propias de este pensamiento binario. Elizalde desarma la lógica de esto que llama “la metáfora dominante en la historia de la ciencia moderna” que no es otra que la de observar el mundo, a la manera cartesiana, como si se tratara de una máquina.

Su propuesta es avanzar en la formulación de metáforas nuevas, que se correspondan tanto con la urgencia de relevar el paradigma positivo, como con la búsqueda de concordancia con la tendencia del humano, como ser metaforizante, a ampliar permanentemente el territorio de la cultura, de la creación de significados y la asignación de sentidos. La discusión epistémica, discurre entonces ligada al ámbito del lenguaje, de la semiótica, de la enunciación y, por tanto, no es sólo un asunto de la filosofía de la ciencia y del conocimiento, sino un asunto de nuestra construcción cultural.

Tres son las metáforas con las que *Navegar en la Incertidumbre* propone comenzar el relevo del paradigma positivo: La primera está vinculada a la dimensión individual de la construcción de las subjetividades y de la emergencia de los sujetos de la sustentabilidad. Es la que Elizalde denomina “la escalera de la conciencia”. La segunda metáfora es la del “sistema inmunológico como el segundo cerebro del cuerpo”. Según ella y, reivindicando las teorías del biólogo chileno Francisco Varela, “nuestro organismo tiene dos maneras de conocer. Una está asociada con el cerebro, la otra con el sistema inmunológico”. La metáfora tiene mucha potencia porque ubica al cerebro como imagen del “poder” central, al que se ha atribuido el monopolio de la capacidad de cognición, mientras que se ha desconocido un sistema como el inmunológico distribuido por el cuerpo entero, a través de un sinnúmero de redes, órganos, fluidos y nódulos linfáticos, cuya característica principal es la complejidad, la diversidad y la capacidad de comunicación que se manifiesta en formas de auto-organización. Podría hacerse la analogía con el mundo de lo social e imaginarse el universo de las redes sociales que interactúan, que se proveen entre sí de saberes y conocimientos útiles para contribuir a su auto-legislación, al gobierno de sus comunidades y aportar al gobierno social. La tercera metáfora para “navegar en la incertidumbre” es la de la hipótesis Gaia: “un gigantesco organismo llamado biosfera”. Esto es, concebir a la tierra como un organismo complejo, vivo, que sólo se puede mantener como tal, gracias a su funcionamiento auto-regulado, homeostático, que requiere, a su vez, de que los diferentes organismos que lo componen se incorporen activamente al mantenimiento del equilibrio global transitorio, produciendo su propia auto-regulación, en un inmenso escenario de cooperación.

La segunda parte del libro se refiere a las “nuevas formas de despliegue de lo humano” en la que se adentra en la hondura de la dimensión ética y la resignificación de la dimensión espiritual. Hay en estas líneas un esfuerzo por zambullirse en las profundidades del alma humana, en los riesgos del individualismo posesivo que nos carcome, y que nos exige replantearnos los problemas fun-

damentales relacionados con las necesidades y los satisfactores.

Justamente, la paz es definida en ese contexto por el autor, como una “necesidad humana fundamental” y en esa lógica, implica constituir otra relación entre necesidades y satisfactores, centrada en la cantera de abundantes potencias humanas, que no se pueden tasar en juegos de suma cero, y que requieren de la solidaridad y la cooperación para acrecentarse y desplegarse como poderes vitales: el amor, los afectos, la compasión y la diversidad serían algunos de ellos.

El camino de la paz discurre entonces por la actualización de esa necesidad fundamental, mediante satisfactores que serían “productos histórico- culturales, que varían de cultura en cultura a la largo de la historia humana”. Elizalde centra su apuesta en la activación de los factores sinérgicos que aluden a la transformación interna de nuestros enfoques, de nuestras emociones básicas, del lenguaje y del sentido que le asignamos a nuestra existencia. En el trasfondo de este entramado, de donde emerge la convivencia pacífica, se encuentra la fuerza de lo singular, que nos proyecta hacia el reconocimiento del otro, hacia la valoración de lo diverso y hacia las nuevas formas de construcción de lo común, agenciadas por la fraternidad y la cooperación social. Se trata de un proyecto ético de gran envergadura, fundado en una ética de la vida.

Navegar en la incertidumbre ayuda a trazar algunos de los trayectos vitales para resistir al naufragio de la guerra, la pobreza y de los atentados contra la diversidad biológica y cultural del planeta.